

# Novelador de la Historia Viva

Angel Rama

(Especial para "El Nacional").

Decía en una ocasión Malraux que a los veinte años la vida es un mercado donde no se compra con palabras ni monedas, sino con actos. Podría haber agregado que esos actos comportan audaces definiciones posibles de ordenar una vida entera. En la juventud del escritor venezolano Miguel Otero Silva hay un hecho que orientó vida y literatura y que se nos hace norma rectora: hoy que su tercera novela corrobora la continuidad de su intento: es su participación en la lucha estudiantil contra la tiranía de Juan Vicente Gómez que le valió el encarcelamiento en la represión intelectual del 30 y el confinamiento en Palenque, la distante localidad del llano paludoso. Una defensa casi romántica de la libertad conduce a una experiencia de lo real y a un contacto con el país auténtico —muchas veces sombra retórica en la boca de un joven universitario— que ha signado toda su creación literaria.

Al mismo tiempo esa irrupción en la vida a los veinte años, al comenzar la tercera década, coincide con un desplazamiento estético que en esos años posteriores a la gran crisis, paralelos a la ascensión del fascismo y a la lucha contra él, empuja a las letras hacia una consideración más cercana de la vida social y a un esfuerzo de objetividad realista. Ese desplazamiento se registra en tierras americanas, subdesarrolladas, en un modo más confuso y ambiguo que en las regiones del norte del globo —desde los Estados Unidos hasta Rusia— y admite la confluencia y hasta la simultaneidad del afán realista de diagnóstico social con una proca lírica que vería rodando desde el modernismo y había tratado de objetivarse durante la década vanguardista (los twenties), abusando de sus perrechos metafóricos nuevos. Lo que en Europa genera dos escuelas separadas y antagónicas, en América, por esa ambición sincrética que está en el fondo de nuestros pueblos, que viven más de la información que de la cultura, produce un ensamblamiento que necesita muchos años para decantarse.

## OTRA EPOCA LITERARIA

Miguel Otero Silva tenía treinta y un años cuando publica la primera de sus tres novelas, "Fiebre" (1939), boceto melodramático neo-realista, trasfundo de lirismos, donde se mezcla la experiencia de la cárcel de Palenque con las primeras inquietudes amorosas; la rebelión política con el patetismo morboso de la crueldad. La novela sigue en un año a otro testimonio carcelario, el de Antonio Arráiz en "Puros Hombres" (1938), y si ambos libros se cotejan por un momento con el pregonado iniciador de la renovación literaria venezolana, Arturo Usler Pietri en "Barrabás y otros Cuentos" (1928), se comprobará de inmediato cuánto camino se ha andado en esa década. Del exotismo psicologizante y estético en que se maneja Usler Pietri hemos pasado a un adentramiento, muy gritado y exacerbado, en una realidad con una implicación política inmediata.

Uno de los estudiantes lo dice: "Yo solo vi las llagas de los hombres". "Se están derrumbando como las casas, como el país en que nacimos". En la historia de este villorrio que se desmorona está sintetizada la historia de un país en un determinado tiempo: la frustración es su insignia como se ve en la huida de sus habitantes, en la parálisis mental de don Casimiro, en ese jefe civil, el coronel Cubillos, amigo de un hijo de Gómez, que ejerce gratuitamente la innecesaria represión, pero se ve sobre todo en el fracaso del levantamiento para salvar a los estudiantes y en la muerte de Sebastián, el joven héroe novio de Carmen Rosa.

Pero el país no está totalmente muerto. "Casas Muertas" se inicia con el entierro de Sebastián, pero concluye con la decisión de Carmen Rosa de trasladarse a Oriente, donde las explotaciones petroleras hacen crecer repentinamente las ciudades activas y fuertes donde hay vida. "Oficina N° 1" es la historia de ese viaje audaz y es la historia de un nuevo período de la vida venezolana. La preocupación sociológica de Otero Silva ha de consumarse en este tercer panel del friso adquiriendo su mayor amplitud que en algunos momentos toca el afán de una epíca moderna.

## EL MINOTAURO DEL PETROLEO

Para todos, hoy Venezuela es el petróleo, que ha hecho rotar en torno a los pozos de extracción la vida entera de la nacionalidad. Ninguna mejor demostración de la interacción y la unidad del mundo contemporáneo, porque esta Venezuela actual es el producto del desarrollo de los países industriales, en especial los Estados Unidos. Al mediar la tercera década del país comienza a pasar de una economía agrícola a la economía del petróleo. Si bien en 1914 comenzó a trabajar el primer pozo, la producción en gran escala se mantiene en un nivel relativamente bajo hasta 1933, fecha en que comienza en segundo período de intensificación manifiesta de las perforaciones y de desarrollo productivo en grandes cantidades, con un rendimiento promedial de unos 400.000 barriles diarios, que se ha quintuplicado en los años últimos.

Si "Casas Muertas" reveló bajo formas narrativas la decrepitud de la vida agrícola (Venezuela no cubre las necesidades alimenticias de la quinta parte de su población), "Oficina N° 1" mostrará el progreso de la explotación petrolera en un período que abarca la lucha contra el fascismo hasta la derrota de 1945 con la toma de Berlín por el ejército rojo, correspondiendo en la historia venezolana a la muerte de Gómez y al gobierno de Medina. En un libro curioso y alarmante donde recogió artículos periodísticos, "De una a otra Venezuela" (1949), Arturo Usler Pietri encara centralmente la significación de este problema no sólo económico, sino social y de vasta resonancia espiritual. Dice allí: "El petróleo es el hecho fundamental y básico del destino venezolano. El le plantea hoy a Venezuela los más graves problemas que nunca haya conocido en toda su historia nacional,

de una ciudad partiendo de la sabana pedrada donde comenzaron las perforaciones.

## AFAN DE NUEVA TECNICA

En un tono ágil, con un uso de elementos significativos que maneja de una manera suelta, —utilizando la técnica de John Dos Passos— a saber la aparición de los prostibulos, de la electricidad, de la actividad educativa y de la escuela, de las primeras organizaciones sindicales, el amanzamiento de una población caprichosamente creada, el desarrollo de la autoridad policial, la jerarquización de los estratos sociales, Otero Silva consigue crear verosímilmente la sugestión del tiempo que transcurre y de la ciudad que se va formando. Su manera es algo despegada de contar, el toque humorístico que a veces se injerta, la indulgencia piadosa con que se mira el conjunto como desde muy lejos, dan a su relato un aire de "western", liviano, pintoresco, anecdótico, muy lejos del sistema rapsódico que para trazar un movimiento histórico amplio consiguió Erico Verissimo en su mejor novela, "El tiempo y el Viento".

"Oficina N° 1" es básicamente la historia de una ciudad petrolera. Dentro de ella la vida de Carmen Rosa con su almacén y sus problemas amorosos resulta enquistada y muy menor con relación al conjunto que se maneja. Incluso la historia de su relación sentimental —donde Matias Carvajal en su doble más culto que Sebastián— es, narrativamente, ingenua, y hasta estilísticamente discordante: el sentimentalismo de las escenas de amor y el melodramatismo de su enfrentamiento al puerto Montero, pertenecen a un tratamiento primario que no se acuerda con la técnica más moderna y más amplia de la visión panorámica. En cierto sentido puede sospecharse que ya el realismo

# Grabados de Glac

LUCIA QUINTERO



costum  
pieza.  
tema.  
Otero  
to de  
mome  
realis  
elabr  
dear  
el "ra  
sonaje  
de p  
desarr  
ración  
que v  
conter  
ciones  
compl  
realid  
rosos  
en fu

en su  
requis  
de ha  
Glady  
requis  
experi  
M  
artista  
podrá  
ca. Al  
gradu  
ciones  
princi

Pero si a su vez cotejamos los libros de Otero Silva y Arráiz con otras novelas americanas que por esa época dan testimonio de la vida carcelaria que los intelectuales comienzan a conocer en carne propia, observaremos cuánto conservan los venezolanos en un afán estético, de un irreprimible lirismo de la naturaleza, un poco en el modo como solucionó Uslar Pietri su pacto con lo real a través de la perspectiva lejana de la historia con su novela "Las Lanzas Coloradas" (1931). Esto generará un producto híbrido que tiene toda la creación posterior de Otero Silva, donde la inquietud lírica —colorista, sutilmente poética, alusiva— opera como un disolvente de lo real al que resta gravedad y trasunta en espectáculo. Aplicado a sus temas —el empobrecimiento del llano, el resurgir del oriente petrolero— confiere una levedad que a veces roza el humorismo y generalmente no permite un calado más hondo de la vida, que deriva como un aceite superficial, diestro y pintoresco en manos del novelista.

Tres novelas en veinte años no es mucho y al parecer las tareas periodísticas han afectado la energía creadora de este autor, no sólo en la cantidad, sino causando la intensificación de la línea descriptiva exterior en desmedro de una percepción más veraz y compleja del mundo. Pero el largo lapso transcurrido no ha afectado la concentración originaria del enfoque y la unidad de su orientación: "Casas Muertas", en 1955, de algún modo continúa, amplificándolo, el tema profundo de "Fiebre", y el reciente "Oficina Nº 1" desarrolla en base al mismo personaje central —Carmen Rosa— la continuidad histórica. Lo que aquel acto juvenil consolidó en Otero Silva la preocupación dominante por la historia contemporánea de su patria, descubriendo la íntima relación que hay entre cualquier tema privado y el proceso político, económico y social de la nacionalidad, así como la vinculación —más filosófica o política que económica— entre la historia nacional y la del mundo contemporáneo en general.

Esta sincronización de vida privada, vida pública nacional y vida social contemporánea, es en Otero Silva más que una comprobación intelectual un hecho narrativo: en el ordenamiento de sus novelas parece partir desde este propósito previo, buscando las concomitancias en vez de hacerlas irrumpir con evidencia desde la acción interna. Cosa que en buena parte es debida a la visible reducción de la acción libre de los personajes, acción original generada por una personalidad puesta al tablero de una circunstancia, en beneficio de la descripción tipificadora, exterior. En este aspecto puede recordarnos algunos planteamientos de la novela soviética, aunque su inspiración es mucho más cercana, sobre todo en "Oficina Nº 1", al Vasco Pratolini de "El Barrio" y sobre todo de "Metello".

#### INTERPRETACION DE LA HISTORIA

El ómnibus que conduce a los jóvenes estudiantes a Palenque, pasa por una ciudad, Ortiz, que es nada más que un conjunto de casas muertas: el agotamiento de la producción económica, el paludismo, el desinterés por el país del gobierno de Gómez, ha provocado la extinción de la antigua ciudad orgullosa que se derrumba lentamente, mientras la enfermedad, las llagas incurables, aparecen en el cuerpo de sus desmedrados habitantes. "Casas Muertas" es, en torno a la adolescencia de Carmen Rosa, el derrumbamiento del llano que, en la motivación de Otero Silva subraya un valor simbólico,

ya conocido en toda su historia nacional. El está como el minotauro de los mitos antiguos en el medio de su laberinto, devorador y amenazante. El tema de la historia viva para la Venezuela de hoy no puede ser otro que el combate fecundo con el minotauro del petróleo". Es este planteamiento el que obsede también a Miguel Otero Silva y sobre él reposa su construcción narrativa en una consideración filosófica insuficientemente desarrollada, pero que es perceptible en algunas páginas del capítulo III, donde rápidamente es evocada la formación geológica de los yacimientos petrolíferos apuntando ese misterioso proceso orgánico escondido durante millones de años hasta emerger para determinar una realidad. Es el petróleo como destino que se maneja fuera de las manos del hombre y no puede dejar de pensarse que quizás Goethe hubiera visto en él una manifestación de Erdgeist.

#### LO SOCIAL DE LA NOVELA

Pero inmediatamente ese tema es de historia viva y comienza a funcionar sobre el plano de lo social; es la acción de las compañías imperialistas, los Taylor, los Reynold, a los que se agrega prontamente el criollo Guillermo Rada, que prefiere que lo llamen William Rada y que desempeña las actividades más sucias de la compañía, o el cura falangista que medra a la sombra de los negocios subsidiarios de los americanos. Estamos aquí en una zona que cultivó con desmesura la novela latinoamericana de los años treinta, pero estamos ya en otro plano de consideración humana y social. No es el grotesco brutal y primario con que César Vallejo pintó la explotación de las materias primas suramericanas en "El Fungsteno", sino que empezamos a vivir en mundo que sin perder nada de su rapacidad adopta formas legales: todavía la autoridad policial encarcela a los obreros revoltosos sirviendo a los intereses de la compañía, pero ésta no es ya el hato de irrisorios capitalistas sedientos de sangre sino los buenos administradores exigentes que viven al margen del país en los "bungalows" y el "country club" que reproduce la vida metropolitana.

Lo que Otero Silva observa es un hecho más sutil y más real que escapaba a los primeros ejercitantes de la novela social americana: que las industrias extranjeras en un país subdesarrollado aportan un enriquecimiento que se hace importante en relación al grado extremo de pauperización del que parten, de modo que la sustracción de la riqueza nacional queda por un tiempo disimulada con las migajas que se ofrecen a los "nativos". Observa además Otero Silva, que en este aspecto es un heredero del pensamiento progresista de la lucha contra el fascismo, que toda industrialización es positiva; para el acrecentamiento de la riqueza nacional y ello le permite la parte más convincente de su novela, la que retrata la formación



Gladys Meneses

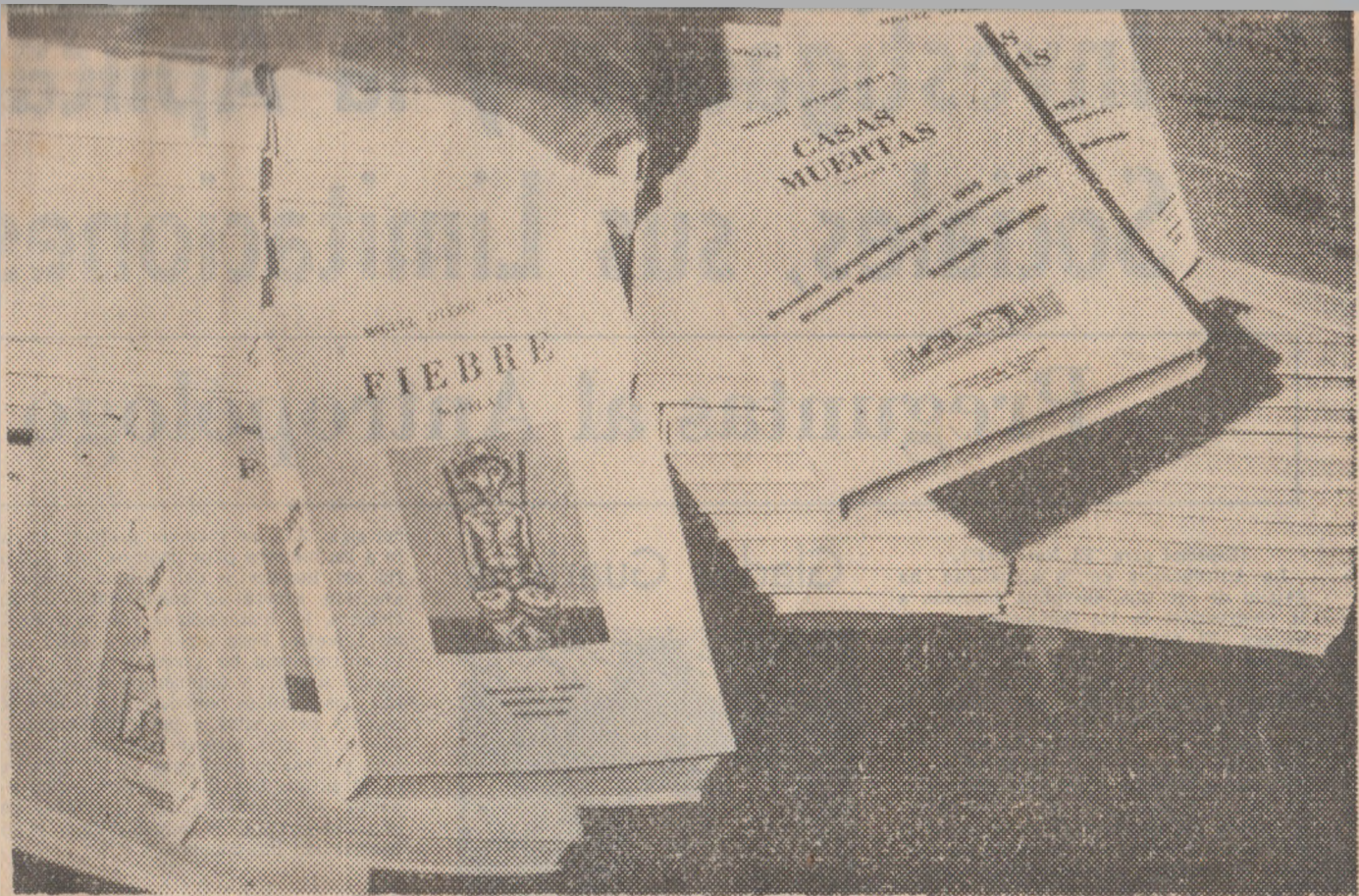
Cuando la exposición de una joven estudiante se conduce con seriedad profesional, sin adoptar los artificios del profesionalismo, merece toda consideración. Al aplicárseles normas de crítica efectiva, los grabados de Gladys Meneses (expuestos en la nueva y atractiva galería del Círculo Pez Dorado en el Edificio Rosalinda —primer piso, Sur 25, Los Caobos—) presentan aspectos de excelencia gráfica. No es difícil juzgarlos favorablemente.

Primeramente, la obra artística es digna de juzgarse mejor que un esfuerzo estudiantil sobresaliente. Casi todas las planchas demuestran sensibilidad gráfica muy decidida. La artista no se ha equivocado en haber escogido este medio de expresión, a pesar de carencias técnicas

# JUEVES

## ARTE, LETRAS, CIENCIA, CRITICA

Caracas, 1º de Febrero de 1962. — Nº 43. — A cargo



costumbrista que penetra esta novela empieza a estar retrazado con respecto a su tema. En "Oficina Nº 1" ha conseguido Otero Silva desprenderse del lirismo cauto de "Casas Muertas" que en muy pocos momentos sobrenada la acción, pero el realismo más seco y desarticulado que elabora todavía no alcanza para redondear su ambición. Incluye repentinamente el "racconto" apretado de la vida del personaje, o juega acción con simultaneidad de pensamiento discordante; marca el desarrollo de los hechos con la incorporación de telegramas y noticias de radio que van dando el avance de los sucesos contemporáneos; alterna rápidas observaciones de los personajes para recoger la complejidad de la interpretación de la realidad, mueve sin anuncio previo numerosos seres que aparecen y desaparecen no en función de sus vidas particulares sino

de una estructura amplia concebida sabiamente y articulada con decisión.

Son todas éstas, características que prueban una inmersión en las corrientes literarias vanguardistas aprovechadas con esmero, pero todavía no llegadas a su mayor potenciación, y compartidas con rezagos de formas ya pasadas. Las dotes de Otero Silva que no son de un psicologista ni de un analista de los vericuetos del alma sino de un objetivista dinámico que trabaja nerviosamente la superficie de lo real y su engranaje con lo histórico, lo político y lo social, alcanzará más plena consumación con una técnica más descarnada y seca.

El último capítulo de la novela, el paseo de Carmen Rosa que le hace recorrer la población entera y aproximarse a algunos de los personajes vistos a través de sus páginas, es un modelo del acierto del

venezolano para recobrar narrativamente una totalidad mediante un tratamiento objetivo a través del cual corre una emoción adusta y honda. Aquí Otero Silva toca con destreza la multiplicidad de lo vivo, las creaciones concretas de los hombres, el pasar menudo de la vida lleno de alegrías, entusiasmos y esperanzas, y merced a la presencia de la mujer carga esa tozo del valor sutil y enamorado de las cosas hermosas que pasan por el tiempo y brillan antes de desvanecerse. Lo que Otero Silva toca es, como está muy marcado en él la historia viva, y lo hace con esa terca esperanza que lo distingue.

Dos de las novelas de Otero Silva son accesibles al público uruguayo en ediciones de Losada. Son "Casas Muertas", 1955, 181 páginas y la reciente "Oficina Nº 1", 1961, 346 pp. Ambas pertenecen a la colección "Novelistas de nuestra época".